

puede exigir, probablemente, un Tiempo tridimensional. Puede que Ouspensky estuviese en lo justo en esto, puede que estuviera equivocado, pero nadie debería apresurarse a acusarle de decir tonterías.

No obstante, creo que está equivocado al conjurar del seno de estas tres dimensiones su teoría de la recurrencia eterna. Ignorando la espiral, utilizando ahora una analogía ondulatoria, arguye que la línea de la vida o el «tiempo» se mueve en una curva y efectúa una revolución completa, regresando al punto de partida. El momento de la muerte coincide con el momento del nacimiento. Un hombre muere solo para volver a nacer. Partiendo de esto, a lo cual no puedo asentir en modo alguno, Ouspensky puntualiza algunos aspectos que siempre he tenido la impresión de que son verdaderos:

La vida en sí misma es el tiempo para el hombre. Para el hombre, no hay ni puede haber otro tiempo fuera del tiempo de su vida. El hombre es su vida. Su vida es su tiempo.

La manera de medir el tiempo, para todos, por medio de fenómenos tales como el movimiento aparente o real del sol o la luna, es comprensible por su conveniencia, prácticamente. Pero, en general, se olvida que se trata solo de un tiempo formal, aceptado por un acuerdo común. El tiempo absoluto para el hombre es su vida. No puede haber otro tiempo fuera de este tiempo.

Si muero hoy, el mañana no existirá para mí. Pero, como se ha dicho antes, todas las teorías sobre la vida futura, la existencia tras la muerte, la reencarnación, etc., contienen un error evidente. Todas ellas se basan en el entendimiento usual del tiempo, es decir, en la idea de que el mañana existirá después de la muerte. En realidad, es justamente en esto en lo que la vida difiere de la muerte. El hombre muere, porque concluye su tiempo. No puede haber mañana después de la muerte. Sin embargo, todas las concepciones usuales de la «vida futura» exigen la existencia del «mañana». ¿Qué vida futura puede haber, si de pronto resulta que no hay futuro, ni «mañana», ni tiempo, ni «después»? Los espiritistas, y otros que lo saben todo respecto a la vida futura, pueden encontrarse en una situación muy extraña si se percibe el hecho de que no existe el «después».

La razón de que yo esté de acuerdo con esta limitación aparecerá más adelante, pero este acuerdo no implica que acepte la idea de la recurrencia eterna. Habiendo argüido que la eternidad exige repetición, una vida, conclusión de un tiempo y comienzo de otro, Ouspensky explica así lo que bulle en su mente:

Esto significa que, si un hombre nació en 1877 y murió en 1912, entonces, habiendo muerto, vuelve a hallarse en 1877 y ha de vivir de nuevo la misma vida. Al morir, al completar el círculo de la vida, entra

en la misma vida por el otro extremo. Vuelve a nacer en la misma ciudad, en la misma calle, de los mismos padres, en el mismo año y en el mismo día. Tendrá los mismos hermanos y hermanas, los mismos tíos y tías, los mismos juguetes, los mismos gatitos, los mismos amigos, las mismas mujeres. Cometerá los mismos errores, reirá y llorará de igual modo, gozará y sufrirá de la misma manera. Y, cuando llegue el momento, morirá exactamente igual que murió antes, y de nuevo, en el momento de su muerte, será como si todos los relojes se atrasasen para señalar las 7,35 de la mañana del 2 de septiembre de 1877, y, a partir de ese instante, empezasen a marchar de nuevo con su ritmo usual.

Sin embargo, después de hacer esta declaración, Ouspensky la modifica. Solo gentes de «vida profundamente arraigada, petrificada, rutinaria» vivirán exactamente la misma vida una y otra vez. Hay otros tres tipos.

Están los externamente triunfadores, que encontrarán cada vez más fácil triunfar. Hay «gentes cuya vida contiene una línea interna ascendente, que gradualmente las saca del círculo de la repetición eterna y las hace pasar a otro plano del ser». Y luego están los tipos con una «tendencia creciente a la degeneración», que caen más bajo con cada nueva vida, hasta que, por último, cesan de nacer, porque «las almas nacen y mueren igual que los cuerpos». Un alma puede morir en un plano del ser y pasar a un plano superior, o puede morir por completo, desvaneciéndose y cesando de ser.

Ouspensky borda este tema con gran destreza, y todo ello constituye una lectura fascinante. No dispongo aquí de espacio ni siquiera para empezar a hacer justicia a su asombroso juego de ideas, especialmente a su extraña, pero no absurda, noción de que la reencarnación no va hacia adelante, hacia el futuro, sino hacia atrás, hacia el pasado: un alma grande y liberada ocupa el lugar de alguien en el pasado, con objeto de ayudar a la humanidad, cuyo pasado (que aún existe y, por tanto, está todavía moldeando nuestro presente y futuro) debe cambiarse si los hombres han de conocer un presente y un futuro mejores.

Aunque me he referido al juego de ideas de Ouspensky, este no jugaba de hecho con ellas. Por fantásticas que puedan parecer, estaba plenamente convencido de su veracidad. Se nos dice cómo, durante las últimas semanas de su vida, cuando a menudo sufría grandes dolores, mediante un formidable esfuerzo de voluntad, insistía en visitar de nuevo los lugares en que viviera en el casco y los alrededores

de Londres. Presumiblemente, trataba de grabarlos tan profundamente en su memoria que, cuando se repitiera su vida, los recordase.

(Nos dice esto uno de sus más íntimos y devotos admiradores en aquellos últimos años, Rodney Collin Smith, quien después de la muerte de Ouspensky organizó grupos de la Obra en la ciudad de Méjico y en otros lugares de este país. En 1956 visitó el Perú, y, tras trepar al campanario de la catedral de Cuzco, sufrió un ataque cardíaco, cayó a la calle y resultó muerto. Era escritor al mismo tiempo que enseñaba la Obra, y, bajo el nombre de Rodney Collin, publicó *The Theory of Celestial Influence* [La teoría de la influencia celeste] y *The Theory of Eternal Life* [La teoría de la vida eterna]. Son obras escritas de manera atractiva y ofrecen numerosos indicios respecto al pensamiento ulterior de Ouspensky—siendo Ouspensky el maestro y el autor más devoto de sus discípulos—, pero cubren demasiado terreno con demasiada rapidez y son ejemplos demasiado evidentes de la aproximación pseudocientífica, como si el lector general fuese un admirador miembro de un grupo de la Obra.)

Creo que todo lector inteligente debería trabar conocimiento con *A New Model of the Universe*, de Ouspensky. Y acaso el capítulo más fascinante de esta obra sea el que trata de la «Recurrencia Eterna». Sin embargo, aunque Ouspensky emplea aquí todos los formidables recursos que es capaz de reunir, no logra que la idea penetre como es debido. En la forma en que la presenta, su recurrencia eterna no funcionará, sencillamente. Si hubiese sugerido que, después de la muerte, al margen del tiempo cronológico, los hombres podían creer (según se dice que creen los que se ahogan) que estaban viviendo de nuevo toda su vida, entonces eso, para utilizar dos de sus términos favoritos, habría sido una posibilidad, mientras que su recurrencia eterna es una imposibilidad. Tan pronto como se introducen cambios, con unos hombres alzándose y otros cayendo, no tiene lugar la exacta recurrencia de un tiempo. La repetición completa, con la cual comienza Ouspensky, queda destruida por la elaboración de su teoría.

Lo que finalmente nos ofrece no es recurrencia y no es eterna. Digamos con él que cada vez es más fácil para Mozart componer obras maestras y para Napoleón ganar batallas, porque lo han estado haciendo una y otra vez.

Pero, ¿cómo lo hicieron la primera vez? ¿Y cuándo fue la primera vez? Escribo estas palabras en una hermosa mañana de un viernes. ¿Cuántas veces habré estado sentado ante esta mesa en esta particular mañana de un viernes? ¿Es esta la décima, la centésima, la milésima ocasión? En un libro muy posterior, *The Fourth Way* [El cuarto camino], no escrito por Ouspensky, pero compuesto con las transcripciones de preguntas a él formuladas y sus respuestas, Ouspensky se muestra mucho menos seguro y dogmático que en *A New Model of the Universe*:

Cuando pensamos en la recurrencia, pensamos que todo se repite, y eso es exactamente lo que echa a perder nuestra aproximación a la misma. Lo primero que hay que entender respecto a la recurrencia es que no es eterna. Parece absurdo, pero es así, porque es muy diferente en casos diferentes. Aunque lo tomemos desde el punto de vista teórico, aunque tomemos puramente a la gente en su vida mecánica, aún así, sus vidas cambian. Solo en el caso de ciertas personas, en condiciones de existencia plenamente congeladas, se repite su vida exactamente de la misma forma, quizá durante mucho tiempo. En otros casos, incluso en la vida corriente y mecánica, las cosas cambian. Si la gente no está tan concretamente gobernada por las circunstancias, como los grandes hombres, que han de volver a ser grandes hombres, sin que nadie pueda hacer nada al respecto, hay variaciones, pero repito que no eternamente. Jamás penséis que algo es eterno. Es una cosa muy extraña, pero parece como si personas que no tienen posibilidades, debido a determinadas condiciones, o a su propio desarrollo insuficiente, o a algún estado patológico, pudieran conservar sus vidas repitiéndose sin experimentar ningún cambio particular, mientras que en el caso de personas con posibilidades teóricas, sus vidas pudiesen alcanzar ciertos puntos en los cuales, o bien hallan cierta posibilidad de desarrollo, o bien empiezan a decaer...

Aquí no se dice nada, como se dijo en el libro anterior, respecto al tiempo ordinario y cronológico repitiéndose indefinidamente. Teniendo lugar todos estos cambios, eso sería imposible. Parece que estamos implicados en un número ilimitable de tiempos privados, repeticiones y variaciones de la vida, fuera de la historia y de la pista del tiempo de esta tierra.

Enciendo una cerilla y, cuando mi pipa tira, deposito en el cenicero el resto chamuscado de esa cerilla. Ahora puedo imaginarme varios estados mentales en los cuales no dejo de encender mi pipa y de arrojar en sucesivos ceniceros las cerillas quemadas. Pero—y ahora me paso a los científicos—no puedo creer en un tiempo cronológico, independientemente de cómo se mueva este en ondas y círculos, que devuelve a mi mano la cerilla que ha sido enteramente